

DE LA «EXPERIENCIA VIVIDA» A SU TEORIZACIÓN

C. BACHMAN y J. SIMONIN
(Traducción de J. Alfonso García)

1. EL TRABAJO SOCIAL Y LA ENCUESTA CUALITATIVA.

Si las técnicas de encuesta cualitativa no constituyesen métodos tan elaborados, se podría decir que cada trabajador social realiza una observación participante sin saberlo. Discurrir sobre la «acomodación a la pobreza», sobre la «burocracia» o el «desviacionismo», es referirse a categorías que son propias de las ciencias sociales, desde luego, pero la metodología que ha permitido que se produzcan es, en cierta medida, familiar a los trabajadores sociales. En efecto, han surgido de la familiaridad mantenida con investigadores del universo social de los pobres o con los burócratas. Sin embargo, es preciso no engañarse: esos métodos cualitativos, lejos de ser reductibles a simple periodismo o literatura, son perfectamente codificables, y codificados. Obedecen, como dice Boudon, quien sin embargo es poco sospechoso de tener simpatías excesivas por ellos, a una «lógica implícita» que se pueda expresar.

Los etnólogos, a quienes se les ha planteado de forma aguda el imperativo de codificar los universos culturales, han regulado sutilmente los métodos cualitativos. Es a Malinovsky, instalado durante mucho tiempo en las lagunas de las islas Trobiand, a quien se atribuye el precepto promulgado a comienzos de siglo: el

etnólogo debe vivir con las gentes cuya cultura estudia. Hoy, esta tradición de observación participante está sólidamente establecida entre los antropólogos. Firth, por ejemplo, que regresa periódicamente a Tikopia, ha hecho de ella una de las comunidades más minuciosamente descritas del mundo. Margaret Mead ha poseído hasta su muerte una choza en la calle principal de un minúsculo poblado de Nueva Guinea. Y muchos otros más; algunos renunciando totalmente a las ventajas médicas y técnicas de su civilización para compartir integralmente el modo de vida de las poblaciones de cuya cultura se apropiaron.

En estas escasas páginas, no sabríamos «resumir» un campo de investigación tan abundante, ni incluso proporcionar una idea seria de métodos múltiples y complejos. Constituyen algunas pistas que han sido trazadas para orientarse en un campo de una importante riqueza. Ampliamente recorrido por los profesionales anglosajones, el dominio de lo social se ha encontrado curiosamente abandonado por los técnicos franceses. En Francia, la antropología urbana, dominio extremadamente fecundo según todas las evidencias para el trabajo social, sigue siendo curiosamente ignorada. En el curso de este capítulo simplemente sugeriremos que la aprehensión de los universos sociales, pan nuestro de cada día de los

profesionales de lo social, puede efectuarse de una manera diferente a la simple intuición y a la buena voluntad. Si el trabajo social desea conocer mejor las «necesidades» de las poblaciones y dar cuenta de ello de una forma objetivable, sin lugar a dudas podría inspirarse en tales formas de aproximación a la realidad.

Aunque madurados durante mucho tiempo por los antropólogos, estos métodos cualitativos no están destinados simplemente a ser aplicados a sociedades sin historia. Han recurrido a ellos los investigadores que quieren captar el funcionamiento de las organizaciones: Crozier cuando analiza el funcionamiento del centro de cheques postales, o Gouldner el de una mina de bauxita. Otros, cuando ha hecho falta describir una comunidad, un barrio, un pueblo de Vaucluse o de Bretaña. Otros en fin, deseando recrear la vida cotidiana de un grupo o de una población específica, marginales, pensionistas de un asilo de ancianos o empleados de cuello blanco. Tales métodos se han mostrado entonces como indispensables.

Algunos de estos trabajos se han convertido en clásicos de la esfera social. Los de la Escuela de Chicago en particular: así el estudio ya antiguo pero recientemente traducido al francés de Louis Wirth sobre el ghetto de esa ciudad; la *biografía de un ladrón profesional escrito por un ladrón profesional*, para retomar el título de la obra de E. Sutherland, convertido en uno de los libros claves de la criminología y que describe el robo como una profesión, con sus normas morales y técnicas, sus carreras, sus jerarquía, sus logros sociales y sus fracasos.

En los años treinta estas investigaciones de campo, ricas y minuciosas, han

levantado un fresco de lo que era la vida de los inmigrantes, de los miembros de las diferentes comunidades yuxtapuestas en las ciudades americanas, de las poblaciones integradas o marginales (Ander sen llegó incluso a participar en las actividades de una especie de mendigos, los hobos, experiencia que narra en un célebre libro). Esta tradición ha persistido en los Estados Unidos tras la guerra y continúa viva en la actualidad. En Francia, el espacio de este tipo de investigación es reducido: sin embargo, el éxito actual de las descripciones de la vida ciudadana, de las costumbres antiguas, la moda de las historias personales, de Jakez-Elias hasta Toinou, testimonian acerca del interés que puede suscitar.

2. EL ANÁLISIS DE LOS UNIVERSOS SOCIALES.

2.1. Las vías de acceso.

Los profesionales de campo conocen los mismos problemas que los investigadores; la toma de contacto es a menudo difícil. Sin embargo, determina frecuentemente la conclusión del trabajo. Pero constituye un problema suplementario para el trabajador social: este último no tiene como objetivo fundamental *conocer* el universo de aquel a quien se dirige, o de quien se dirige a él; está mandatado especialmente para intervenir. La relación que se establece está, pues, fuertemente mediatizada. Cuando es preciso a la vez convencer, buscar soluciones, disuadir, proporcionarse tal o cual información... imaginarse que se puede analizar el universo social del cliente puede parecer a la vez un lujo fuera del alcance del profesional y una imposibilidad material. ¡Por añadidura, un delin-

cuenta o un asistido social se forman representaciones del educador o del asistente que quizá no les inclinen a expansionarse por completo!

Para acceder al universo social de otro, todo depende de la manera en que es percibido el que observa por parte del que es observado. Contrariamente a algunas ideas recibidas, ser trabajador social no es una mala manera de entrar en materia. Algunos sociólogos americanos se han hecho pasar por trabajadores sociales a fin de entrar en contacto con adolescentes... ¡Sin embargo, uno de entre ellos precisa que las relaciones con los jóvenes delincuentes mejoran una vez que estos últimos se han persuadido de que su interlocutor no es ni un madero, ni un periodista ni un traficante de droga, ni un trabajador social! Todo depende de la manera en que evoluciona esta percepción y sobre qué nuevos roles puede abrirse. Ciertamente, las categorías iniciales son importantes pero no son determinantes. Un delegado para la tutela que intervenga con el handicap de una gorra donde esté indicado «justicia», puede perfectamente establecer estrechas relaciones de confianza con un cliente, allí donde un psicólogo, revestido de su ciencia, habrá fracasado.

Se cita a menudo, cuando uno se interroga sobre las dificultades del contacto inicial, sobre los medios que permiten penetrar en las poblaciones marginales o desfavorecidas y sobre los errores que no hay que cometer, los escollos que hay que evitar. Pero *todo* universo social diferente del suyo propio es difícil de estudiar. Una socióloga, Joan Eakin Hoffman, ha explicado los problemas que ha tenido que resolver para poder realizar una encuesta sobre las élites ad-

ministrativas pertenecientes a las capas superiores de la sociedad. En un primer momento, ocultando su identidad universitaria, no ha sido recibida más que por un corto espacio de tiempo. Durante la entrevista que se le ha concedido el teléfono suena, las secretarias interrumpen en el despacho y no se le presta sino un mínimo de atención. Además, no consigue de sus interlocutores nada más que respuestas «oficiales», exhibiendo el escenario y no mostrando jamás los bastidores, como diría Goffman. En un segundo periodo, ella mejora su técnica. Sus relaciones familiares entran en danza, pide recomendaciones al Señor X o al Señor Y y comienza la entrevista con la complaciente evocación de las complicidades sociales. Incomparablemente mejor acogida, se le deja entrever ocasionalmente los bastidores.

Los medios dirigentes, concluye esta socióloga, proclaman periódicamente que las clases sociales no existen, pero, en la vida cotidiana, se comportan como si creyesen firmemente en su existencia. Ellos no revelan no importa qué a no importa quién. La pertenencia a un círculo de privilegiados garantiza el secreto. Sacando partido de esta conclusión, nuestra socióloga perfecciona su técnica. Al establecimiento de connivencias añade dos procedimientos: el «desviar la atención» y el «acorralamiento». El desviar la atención consiste en sustituir, en el curso de la entrevista, el verdadero objeto de investigación por un objeto próximo más anodino. En lugar de preguntar brutalmente: «¿Está Usted en malas relaciones con el gabinete del ministro?», se inquiere sobre la necesidad de dejar un margen de iniciativa a los administradores frente a los políticos. El acorralamiento consiste

en dejar entender que se es del medio en cuestión y que ya se está al corriente de muchas cosas: «Usted ha tenido recientemente ciertas discusiones con miembros del Gobierno. Estoy al corriente de ello, ¿puede Usted decirme en que situación se encuentra en la actualidad ese debate?» Por supuesto, tales procedimientos requieren un conocimiento previo y efectivo de las élites a las que se pretende interrogar. Adecuadamente utilizados, permiten remontar los dilemas de una sociología de los medios dirigentes, enumerados por Bourdieu. Los que toman las decisiones, tecnócratas o políticos, enfrentados a las situaciones de entrevista, repiten un discurso ya convenido o, lo que es peor, utilizan la seguridad que les confiere su posición social para dominar de principio a fin la entrevista, decidiendo los contenidos y los métodos. Paradójicamente, es el entrevistado quien conduce la entrevista.

Finalmente se podría precisar que, si el primer contacto es de la mayor importancia, toda relación es evolutiva. En el caso de universos sociales muy diferentes, lo que puede ser determinante en la *manera* en que la relación es conducida. En efecto, conforme los marcos perceptivos son más próximos, los contactos son vividos como «cómodos» y «naturales». Lo que explica los movimientos «espontáneos» de simpatía, que no son a menudo sino simples complicidades de clase transformadas en encuentros providenciales. Haber frecuentado los mismos colegios, visto las mismas películas, haber pasado las vacaciones en los mismos lugares de moda crea lazos, construye esquemas de percepción y de acción comunes, en la ética o en la estética. Lo que no es milagroso ni siquie-

ra sorprendente. Tales fenómenos explican, con mayor seguridad aún que los intereses económicos, la endogamia social, que persigue que las clases privilegiadas, exactamente igual que las clases populares, intercambien sus hijos y sus hijas. Ahora bien, en el caso de universos sociales alejados, el contacto, que nunca está definitivamente asegurado, debe ser reafirmado continuamente, los malentendidos, las diferencias de percepción continuamente aclarados y reducidas, contra una deriva siempre amenazante.

2.2. La mirada.

Una vez establecido el contacto y estabilizadas someramente las definiciones de situación, nos queda el problema de la mirada. No es preciso establecer la sutil relación que se establece entre la participación y la distancia para quien quiere observar los universos sociales.

Disipemos desde el principio un conjunto de mitos, fusionistas o positivistas: nadie puede participar completamente del universo de otra persona, ni serle totalmente ajeno. Nadie puede fundirse en el otro, hasta el punto de ver el mundo con sus ojos, ni, en el otro extremo del continuum, observar al otro con una mirada «objetiva». De hecho, continuamente nos situamos respecto de un eje, entre el compromiso total y las conductas de rechazo. Para toda ciencia, tanto las ciencias sociales como la física, toda mirada es intervención. Decirlo ya es una banalidad, pero, en el sector social, aún se cita hoy día a Claude Bernard. La neutralidad del observador es mítica. El microscopio modifica el medio que estudia, y el sociólogo más desarraigado actúa sobre el universo social que estudia.

Participar en el universo de otro significa en primer lugar romper con las categorías que parecen más «naturales». Romper con esa actitud que los etnólogos denominan el «etnocentrismo», que pretende que cada cultura, cada medio social plantee su sistema de valores como un absoluto. En el trabajo social, las formas más reconocidas del etnocentrismo, y las más criticadas, son las del juicio moral. Hoy todo el mundo sabe, tras su paso por la escuela, que la apología del «buen obrero», en el siglo XIX, ocultaba un discurso patronal que en lo sucesivo se hizo sospechoso. Pero existen envoltorios del etnocentrismo más refinados que el simple moralismo. Es el caso, por ejemplo, de los postulados ideológicos reductores. Se ha dado esta situación en aquellos universitarios desbordantes de buena voluntad que acudían a trabajar, forzando al máximo sus propias percepciones, buscando la demostración de tesis elaboradas en su habitación: que la debilidad es el producto del capitalismo, que los sub-propietarios quieren la revolución o que los jóvenes delincuentes realizan una búsqueda religiosa del absoluto.

Esta orientación crítica, llevada hasta sus últimas consecuencias, exige que se relativice su propio sistema de percepción y sus propias categorías mentales. En definitiva, nuestros más espontáneos gustos, nuestros valores más apreciados no son sino el producto de un medio social, de una historia individual, de una trayectoria particular.

Pero participar en el universo de otro significa también restituirle su sentido. Captar el significado de las palabras y de las acciones de otro es una orientación funcional de las ciencias sociales. Max Weber ha descrito esta operación perfec-

tamente, dándole el nombre de «comprensión mediante interpretación». Ello supone, por ejemplo, *aceptar las bases mismas del razonamiento de otro*. Como Weber dice, estudiar los cálculos de los agrimensores romanos nos impone que pongamos entre paréntesis todo lo que sabemos de trigonometría. Más sencillamente, esta aceptación puede adoptar la forma de una escucha que rechaza toda interpretación reductiva. Tomemos un ejemplo específico del campo de lo social: ha sido publicado en Estados Unidos hace algunos años con la firma de Kaplan y Blatt un libro de fotografías tomadas en un sanatorio de adultos considerados como «deficientes mentales». Estas fotografías fueron tomadas clandestinamente. Un deficiente mental vio la cámara fotográfica que Kaplan llevaba escondida en su cinto y se lo dijo al director del establecimiento. Este último riéndose del asunto con Kaplan le dijo: «¡Hay que ver la imaginación que tienen estos idiotas!» Esto no significa que haya que aceptar toda palabra como válida, nada más lejos. Sin embargo, el primer movimiento de quien quiera observar un universo social distinto del suyo propio debe consistir en *tomarse en serio el universo de los demás*. A hacerlo así nos invita una enorme cantidad de razones: la psicologización de lo social provocó antaño estragos entre las profesiones sociales («pide ayuda porque mantiene una relación paterno-filial con el trabajador social», «es agresivo porque es inmaduro», «me ha sonreído porque está efectuando la transferencia», etc.), estragos denunciados con toda justicia. Además, un prejuicio prematuro o una interpretación («es inmaduro», «está enfermo», etc.), son resentidos, a través de indicios a veces

imperceptibles, por el interlocutor y lo inhiben.

En este aprendizaje de la escucha, el mejor maestro sigue siendo la población que se desea observar. Whyte cuenta, en *Street Corner Society*, como fue educado por el jefe de la banda. Una tarde, tras haber mantenido una conversación bastante abierta, se terminó hablando de los juegos ilegales. Inocentemente, Whyte preguntó: «¿Habré de suponer que los policías han sido comprados?» Silencio embarazoso. Al terminar la velada, quedándose a solas con Whyte, Doc le dijo: «Escucha, tienes que callarte. Si te quedas con nosotros el tiempo suficiente, sabrás todo lo que quieres saber, incluso sin tener que preguntarlo». La mayoría de las veces la lección es menos explícita y hay que leerla en los matices. Como Bogdan dice: «Es preciso aprender a conocerse... Debo decir que a menudo se me ha recordado delicadamente -y a veces nada delicadamente- lo absurdas que eran mis preguntas y lo escandaloso de mis observaciones. Cuántas veces he visto a un trabajador inmigrante, pobre, analfabeto, fruncir el ceño ligeramente ante lo que yo había dicho, interrogarse al respecto de mi intención o darme a entender su desaprobación por medio de una mueca».

Como muestra esta última cita, la atención debe dirigirse hasta los menores detalles. R. Hoggart, en la extraordinaria descripción que da de los medios populares ingleses de los años treinta, describe cada elemento de los decorados que se fabricaban en ellos. Así evoca «las delirantes obras maestras en contrachapado» que adornaban las chimeneas, los «palacios de cerillas pegadas», las conchas marinas pintarrajeadas y convertidas en

pequeños edificios, etc. De ello se sigue, en las generaciones mayores, una estética del trabajo que juzga severamente a Picasso («él pasa del mundo») y que mide un cuadro con el rasero del trabajo que su elaboración haya costado. La conclusión que Hoggart extrae es que: «El interés que se presta a un objeto no reside en la unidad de su concepción ni en la armonía de los colores, sino en la minuciosidad del trabajo que es en sí misma su propio fin».

Pero esta mirada no significa simple adhesión; es también distanciamiento. Poniendo en relación elementos diferentes, efectuando acercamientos, anotando las regularidades, el observador reconstruye las lógicas. Se interroga sobre la génesis y esclarece los comportamientos. Finalmente, en el seno de la diversidad de los universos sociales, plantea el problema de la «verdad».

2.3. La búsqueda de la verdad.

Tomar en serio un universo social no significa volverse crédulo. Ciertamente, los universos sociales son múltiples, y toda verdad es relativa a las construcciones de cada hijo de vecino. En su manual, Bogdan y Taylor proporcionan un ejemplo de este vértigo que arrastra a todo investigador de campo. En un establecimiento para disminuidos mentales, un retrasado mental profundo se golpeaba violentamente la cabeza contra un muro. Cuando se preguntó a diferentes categorías del personal ese fenómeno de automutilación, las respuestas divergían:

- «Se trata de un caso muy grave que lleva asociados numerosos trastornos...»
- «Aquí no se hace nada por ellos. No existe ningún programa coherente de actividades. Es normal que sucedan cosas así.»

- «El personal no da abasto. Se pone nervioso y se degrada todo el clima.»

En tales casos la pregunta «¿Dónde está la verdad?» no resulta adecuada. ¿Quién tiene razón? Probablemente todos, o ninguno. Cada uno da la imagen del mundo que pone de manifiesto un momento, una situación, un pasado, un proyecto. Descubrir la verdad consiste en superponer estas representaciones diversas, criticarlas y relacionarlas. Se trata de romper con la representación común de una verdad objetiva, inmanente a la situación. La «verdad» es una reconstrucción social compleja que contrasta los materiales estadísticos, los datos materiales y las visiones que ofrecen los actores, que hace emerger regularidades y produce un punto de vista novedoso sobre hechos comunes.

Esta pluralidad de los universos sociales hace tanto más urgente el trabajo de *comprobación*. Interrogándose acerca de los problemas de negociación social de una identidad sexual, Bogdan hace contar su historia a un transexual llamado Jane Fry. Comprueba su discurso con otros testigos (otros transsexuales, cirujanos, distintas personas que han estado relacionadas con Jane o que han tenido experiencias similares a la suya), prueba su coherencia e intenta reconstruir sus puntos oscuros. Todo el trabajo ingrato y minucioso de control de los datos no es ajeno a la observación participante. Simplemente adopta otra pigmentación.

2.4. La recogida de los datos.

La cuestión de los datos nos conduce al centro de nuestro trabajo. En efecto, lo importante no es *vivir* una experiencia social en un universo diferente del de uno. Todo el mundo lo ha hecho o lo hará. Lo

fundamental es *dar cuenta* de ello. Ciertos investigadores de campo, en uno de los mejores manuales existentes sobre los métodos cualitativos, han podido decir con toda crudeza: «Si usted no tiene un diario de trabajo, usted bien podría no haber estado allí». Y es verdad: si usted no se transforma en una especie de paquete de fichas y de magnetoscopio viviente, no retendrá nada de sus contactos, en la mayoría de las ocasiones, salvo algunas miserables banalidades.

Todo el mundo «observa». Pero observar profesionalmente constituye tanto una técnica como una disposición mental. Todos conocemos que las percepciones diarias están falseadas. No hay más que acordarse de las famosas experiencias psico-sociológicas sobre la validez de los testimonios. En medio de una muchedumbre, usted crea artificialmente un incidente (por ejemplo, un hombre saca un revolver y persigue a una mujer gritando insultos) e, inmediatamente después interroga a la gente que ha presenciado la escena. Entonces, usted obtendrá un centón de descripciones: unos han visto a un hombre grande, otros a uno pequeño; para unos era de tez morena, para otros tenía un aspecto nórdico. Todos están dispuestos a jurarlo. En unas ocasiones había sacado un cuchillo, en otras un revolver. Se llega incluso hasta describir a dos perseguidores... No se trata de decir que nosotros, habituados como estamos a la observación participante, describiríamos mejor la escena. Sin duda que no. Para observar, en efecto, es preciso no estar desprevenido. Hay que estar preparado para hacerlo y haberse fijado unos objetivos.

Los objetivos son, en efecto, indispensables. Constituyen hipótesis que sir-

ven simultáneamente de mojonos y de filtros y que permiten recolectar las anotaciones. Permiten saber lo que se busca: relaciones jerárquicas, transgresiones de las reglas, modificaciones en los comportamientos. Ciertamente, estos objetivos no pueden ser establecidos de una vez para siempre. Cambian y se perfilan a medida que las observaciones se enriquecen. Pero no dejan de ser imprescindibles al tamizar, cada vez con más precisión, el flujo de las anotaciones.

Una vez definidos los objetos iniciales, ¿de qué instrumentos de recogida de datos disponemos? Existe toda una batería de ellos que ha sido acumulada por varias generaciones de investigadores: registros de situaciones «naturales», diferentes tipos de entrevista, documentos grabados o fotografiados, biografías, documentos personales (diarios íntimos, anuncios periodísticos, etc.), experimentos en situaciones reales, etc. Pero la técnica fundamental sigue siendo el diario de trabajo.

Algunos investigadores afirman que para una hora de observación necesitan luego dos horas para redactar el informe, que constituye el diario de trabajo. No es posible, en pocas páginas, describir con exactitud los diversos tipos de diario de trabajo. Por otra parte, los procedimientos varían mucho según los investigadores. Este diario de trabajo no recoge, evidentemente, *todas* las actividades de una jornada, ni *todos* los encuentros que puedan realizarse. Toda una vida no bastaría para ello. Por otra parte, para quien no le guste escribir, puede adoptar la forma de un registro magnetofónico. Nosotros nos contentaremos con dar, a título ilustrativo y no como modelo, un ejemplo de ficha que se utiliza en el

trabajo de campo. Pero es evidente que cada objetivo requiere un tipo de ficha diferente que hay que inventar en cada ocasión:

- *Título de la secuencia observada* (por ejemplo, en el caso de un C.A.T.: «una velada corriente», «el primer aprendizaje del soldador», «los padres de Jean le visitan», etc.);

- *Descripción detallada de los actores*. Uno no se limita a decir «Jean tiene un chaquetón», sino que dice: «Jean lleva un chaquetón de cuero negro, estilo 'aviador' y que parece tener varios años, las mangas son demasiado cortas, está mal cuidado y con raspaduras en los codos, el lado derecho de su forro está desgarrado. Sobre el costado izquierdo lleva una chapa roja con la efigie de Bob Marley». Todos los detalles que pueden ser significativos y que deber ser anotados: edad, talla, color del pelo, vestimenta, tics, poses, etc.

Desarrollo de la acción y de las conversaciones. Puede resultar útil, por ejemplo, anotar las primeras y las últimas frases de una conversación. Es más fácil, cuando se está solo, reconstruir de este modo el conjunto de los intercambios habidos. Algunos escritores, como Truman Capote, pueden acordarse de una conversación palabra por palabra horas después de haberla escuchado. Evidentemente no se pide tanto al encuestador medio.

El lenguaje juega un papel fundamental en el análisis de los universos sociales y los etnólogos lo han considerado siempre como una vía de acceso para la comprensión de los sistemas de percepción. Por ejemplo, no es indiferente que los esquimales tengan un centenar de palabras para designar la nieve y el color

blanco. El «pensamiento salvaje» descrito por Lévi-Strauss construye un rico universo en el que las denominaciones de las hojas o de los árboles alcanzan un grado de complejidad comparable a las construcciones del pensamiento científico occidental. En *Los Barjots*, «ensayo de etnología de los arrabales», tal y como lo titulaba su autor, Jean Monod, el rico vocabulario que designa a las chicas o la peleas se encuentra ampliamente detallado: mucho más que de una lista de palabras se trata de una manera de percibir y de intervenir sobre la realidad social existente.

A este respecto, han tenido lugar numerosas discusiones sobre la necesidad o no de utilizar el lenguaje de las poblaciones en cuyo seno se vive y que se quiere estudiar. Sobre este punto como sobre otros muchos, toda respuesta definitiva sería falsa. Un día, con la banda de Corneville que ya conocía, Whyte se puso a realizar una experiencia lingüística. Soltó una ristra de insultos particularmente malsonantes. Todo el mundo se detuvo y lo miró sorprendido. Entonces explicó que se había esforzado por hablar como todo el mundo lo hacía en Corneville. Doc sacudió la cabeza; «Bill, eso no va contigo». En efecto, Whyte era aceptado perfectamente en tanto que estudiante y no debía insultar su inteligencia. Eso significaba romper su imagen y su credibilidad. Estaba allí simplemente «para escribir un libro», como todo el mundo sabía.

Los comentarios personales. Es preciso intentar delimitar, en la medida de lo posible, lo que se esfuerza por ser una simple descripción y lo que constituyen hipótesis, generalizaciones, pistas de investigación. Estos elementos estrictamen-

te coyunturales están inscritos ya en el margen ya entre paréntesis. Al cabo de algún tiempo, las observaciones se acumulan. Las escenas descritas se multiplican. Los retratos de personajes se completan o se superponen. Es el momento de proceder a la segunda etapa, propiamente teórica. Es preciso releer o reescuchar los datos, clasificarlos y organizarlos. Volverlos a leer una vez más para confirmar tal o cual intuición. Sintetizarlos.

De este trabajo de elaboración va a emerger lo que Glaser y Strauss han denominado, en una obra que en adelante servirá de referencia, una «teoría fundamentada en la investigación de campo».